

1 Cor. 2:1-5

I Cor. 2:1-5 El poder del evangelio Epifanía 5, 1993

Hablamos mucho del evangelio, y también del ministerio del evangelio. Pero, ¿Qué es lo que hace tan importante el evangelio? ¿Cuál es el carácter del evangelio? ¿Qué es lo que cada uno debemos estar anticipando cuando vamos a oír un sermón centrado en el evangelio? Queremos meditar esta mañana sobre el tema: **El poder del evangelio**. Veremos I. que **no es de los hombres**, II. **sino de Dios**.

El poder del evangelio no es de los hombres. Pablo habla a la congregación en Corinto en nuestro texto y les recuerda la primera ocasión en que predicó a ellos. Dice: “Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fue con excelencia de palabras o de sabiduría.” ¿En dónde está el poder del evangelio? Pablo aquí nos contesta: No en la elocuencia o la sabiduría del predicador. Muchos se equivocan en cuanto a esto. Creen que para que una iglesia tenga éxito, lo más importante es un predicador con una manera muy persuasiva, docta, sabia, que puede ganar el respeto de los sabios y educados de este mundo. Pero mientras es cierto que esas cualidades, cuando sean subordinadas al evangelio, pueden ser de beneficio, no son ellas las que dan el poder al mensaje predicado. La experiencia de Pablo es una demostración de esto.

En vez de la elocuencia y una manera impresionante de presentar, una suprema confianza en sí mismo y un orgullo por sus atributos naturales, Pablo fue a Corinto y habló con la gente allí “con debilidad, y con mucho temor y temblor”. No hubo nada en su manera, nada en su personalidad, que atrajera a la gente. Lo encontramos sin ninguna confianza en su propia habilidad ni en sus cualidades personales. Más bien, teme y tiembla, no sea que con algo de lo suyo obstaculice la obra de Dios por medio del evangelio. Insiste también que ni su palabra ni su predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría. Cuando uno piensa mucho, arregla sus pensamientos, los viste con palabras elocuentes, pone suficiente emoción, puede persuadir a los hombres, porque sus pensamientos son humanos, naturales para el hombre. Este es el origen de todas las filosofías personales y políticas que han inventado los hombres. Pero Pablo dice que su mensaje es totalmente distinto. No hay nada allí que apelaría a la razón humana o al orgullo humano. No son palabras persuasivas de humana sabiduría.

Todo esto, dice Pablo, es para que nuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres. En el capítulo anterior Pablo nos ha dicho por qué esto es tan importante. Allí habla de su mensaje y

dice que es locura para los que se pierden. Y así tenía que ser. Dios ya en Isaías había decretado: “Destruiré la sabiduría de los sabios”. Y pregunta Pablo, “¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los hombres por medio de la predicación”. Los que siguen con la sabiduría del mundo se pierden. El hombre no es capaz de descubrir el camino a Dios por medio de sus propios pensamientos.

¿Qué significa esto para nosotros? Tampoco debemos buscar principalmente la elocuencia y las palabras persuasivas de los predicadores. Dios utiliza más bien vasos de barro, personas que no podrían lograr nada por sus propios esfuerzos o atributos. Si eso es lo que buscamos principalmente en nuestros predicadores, corremos el riesgo de ser arrastrados por la elocuencia y la sabiduría humanas. ¿Qué será el resultado de esto si Dios ya ha decretado que no puede ser hallado mediante la sabiduría humana? Con que nos traigan el verdadero mensaje bíblico, aceptemos el mensaje de nuestros predicadores, aunque vengan a nosotros, como Pablo, con debilidad y temor y mucho temblor.

¿De dónde, luego, viene el poder del evangelio? Si no viene del predicador, evidentemente viene de Dios. El mensaje del evangelio parece tener todo contra él. Es un mensaje que es ofensivo a la razón humana. Pablo resume el mensaje diciendo: “Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado”.

¿Qué es lo que significa este resumen del evangelio? En primer lugar, quita toda fuerza o gloria del hombre. Si el hombre pudiera salvarse a sí mismo, Jesucristo no habría tenido que venir a este mundo. Si los pecadores no fueran totalmente perdidos, Cristo no tendría que haber tomado el lugar de los pecadores. Sin embargo, muchos tratan de retener a Cristo, tal vez como un gran maestro y ejemplo moral, y conservar a la vez su propia dignidad humana. Un Cristo que fuera solamente un ejemplo podría hacer eso. Implicaría que con esfuerzo el hombre podría hacer lo correcto, agradar a Dios y así salvarse. Eso estaría de acuerdo con la sabiduría humana, que en su esencia dice - si eres una buena persona, serás salvo.

Pero Pablo agrega: “Y a él crucificado”. No presenta a Cristo tanto como modelo, lo presenta como un sacrificio, un sustituto, uno que lleva los pecados de los seres humanos totalmente incapaces de hacer nada para salvarse. El anuncio de que Cristo crucificado es la única esperanza de salvación para todo ser humano destruye totalmente toda fuerza y gloria de los hombres.

No hay otro nombre bajo los cielos, dado a los hombres, en que podamos ser salvos. El evangelio anuncia que la salvación es totalmente la obra de Dios. Al hombre, Dios lo declara un pecador, perdido y condenado, enemigo de Dios, totalmente carnal, luego en el evangelio anuncia a todo pecador perdido, “Ven, porque mi Hijo, Cristo crucificado, ha pagado por tu pecado y te ha salvado”.

Ya que este mensaje es ofensivo a la razón humana, por sí solo, nadie lo creería. Sin embargo, muchos miles a través de los siglos han creído este bendito mensaje del evangelio. La misma cosa que es necedad, locura a los que se pierden, “a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios”. Así que el evangelio demuestra su poder en esto, que muchos creen este mensaje que es tan contrario a la naturaleza y a la razón humana. En esto se ve la obra del Espíritu. “Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo”.

Este mensaje que Pablo predica, el mensaje de Cristo crucificado como el único Redentor de toda la humanidad perdida, demuestra Espíritu y poder. Dice nuestro texto: “sino con demostración del Espíritu y de poder”. Algunos interpretan esto como si hablara de milagros, como si Pablo estuviera diciendo que otros tratan de usar sabiduría humana y elocuencia, pero él tiene algo más impresionante, los milagros. Pero no me parece que sea así. En el capítulo 1 Pablo contrasta la búsqueda de señales de parte de los judíos con el mensaje de la cruz que es un tropezadero para ellos. Difícilmente haría ahora los milagros la cosa que hacía efectivo su mensaje. También ha rechazado en este texto la elocuencia como algo que agregue poder al mensaje.

Más bien, presenta el Evangelio mismo como algo con Espíritu y poder. Jesús también dice: “El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son Espíritu y son vida”. Al hablar el evangelio, el mensaje de Cristo crucificado, el Espíritu Santo está tan íntimamente ligado con esa palabra que Cristo puede hablar de la identidad de los dos. Al oír el evangelio, estamos bajo la influencia del mismo Espíritu de Dios que por medio de su evangelio nos llama a la fe y obra en nosotros la fe.

Esta también es la doctrina de Pablo en Romanos 1, en donde escribe: “Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo el que cree”. Notamos que es el mensaje mismo, el evangelio que proclama a los pecadores el perdón de los pecados, que da a los pecadores la justicia que vale ante Dios, que es llamado un poder, el poder de Dios.

Y este poder de Dios está al servicio de su voluntad salvadora. Es el poder de Dios para salvar. Lo que el hombre no puede hacer, eso lo hace Dios mismo, por medio del evangelio, por medio del mensaje de Cristo crucificado. Con este mensaje Dios salva a las personas. Lo hace porque allí está su Espíritu que obra poderosamente para crear la fe en los corazones humanos. “Mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios” 1:24.

Así la demostración de Espíritu y poder de nuestro texto es la demostración del poder del evangelio para cambiar los corazones de las personas. El evangelio enfrenta a personas que son enemigos de Dios, y los convierte en personas reconciliadas. Encuentra a rebeldes y los convierte en voluntarios. Encuentra a incrédulos y los hace creyentes. Todo esto es solamente por virtud de este mensaje que proclama que toda esperanza de la humanidad pecadora se encuentra en Cristo crucificado. “La fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios”.

¿Qué es el evangelio? Es el mensaje de Cristo crucificado, un mensaje que quita toda gloria de los hombres, pero que ofrece gratuitamente al pecador impotente la gracia de Dios, su perdón, y la vida eterna como un don, obtenido por el tremendo precio pagado por Cristo en la cruz. ¿Qué es lo que debemos esperar cuando vamos a la iglesia? No gran elocuencia. No las señales impresionantes. Debemos esperar sencillamente que el predicador nos presente nuestro pecado y nuestra necesidad de un Salvador. Y luego, debemos esperar que nos muestre el remedio de nuestro pecado, a Cristo crucificado. Si tenemos esto, tenemos lo esencial en un ministerio evangélico. Preste atención a ese mensaje. Aplícalo en el corazón y créelo. Así tú también conocerás el poder del evangelio y serás salvo. Así tu fe también no será fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Dios lo conceda. Amén.